

January 2009

Muchas gracias, Universidad de La Salle

Luis Enrique Ruiz López

Universidad de La Salle, Bogotá, vacademi@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Ruiz López, L. E. (2009). Muchas gracias, Universidad de La Salle. *Revista de la Universidad de La Salle*, (50), 109-113.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

MUCHAS GRACIAS,

UNIVERSIDAD DE LA SALLE¹

Dr. Luis Enrique Ruiz López*

Entre las diversas opciones comunicativas que se nos ofrecen para contribuir con la solemnidad de este acto, permítanme recurrir a aquella fórmula elemental que nos enseña la sabiduría popular de todos los tiempos: “Gracias. Muchas gracias, Universidad de la Salle”.

GRACIAS

La gratitud que sentimos exterioriza nuestro reconocimiento por la dignificación que nos hacen los directivos, los compañeros y toda la comunidad universitaria con gestos simbólicos como los de esta noche, en un día tan significativo. La comunidad estudiantil de nuestros programas nos exalta con su reconocimiento pedagógico, el homenaje de nuestros compañeros docentes con su presencia en este acto, honra nuestros esfuerzos intelectuales, y la iniciativa de nuestros directivos estimula nuestro compromiso con el mejoramiento personal y académico. Felicitaciones a la doctora Leticia Escobar de Rangel y a todos los colegas que han sido objeto de distinciones. Gracias es

una expresión que se relaciona con la gracia, es decir con el don generoso; también se relaciona con el “carisma”, término de origen griego que significa “don gratuito”. Hoy nuestro agradecimiento reconoce a la vez, los gestos generosos de todos ustedes, y el carisma de esta institución, don generoso que Dios y San Juan Bautista de La Salle dan a la humanidad por medio sobre todo de la figura del maestro (Cfr. MTR).

En lo personal me siento además especialmente reconocido porque se me permita hacer parte de este grupo distinguido de docentes que representan valores tan nobles del quehacer universitario y tan característicos de una universidad lasallista.

¹ Discurso pronunciado el 15 de mayo de 2009 durante el Acto Académico en Honor de los Profesores. El Dr. Ruiz toma la palabra en nombre propio y de la doctora Leticia Escobar de Rangel, una vez recibida la “Orden Universidad de La Salle”

* Profesor Titular de la Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia.

Por lo demás, el gesto que tan gentilmente tiene el Consejo Superior y los demás integrantes del cuerpo directivo específicamente para conmigo, que completa la ya larga cadena de reconocimientos inmerecidos, habla más de la calidad humana y de la generosidad de los oferentes que de mis méritos reales, ya que éstos se han reducido al cumplimiento del deber para con la sociedad, la educación universitaria y nuestra Alma Máter, con quienes tengo más bien muy hondos motivos de gratitud por lo que me han permitido aprender, hacer, compartir y ser a lo largo de mi vida; particularmente con nuestra querida Universidad de La Salle, que me permitió hasta beber de las fuentes más íntimas y cristalinas de su riqueza pedagógica y espiritual. ¡Qué bien se escucha en esta oportunidad el del sabio proverbio chino que enseña: “Cuando bebas agua fresca, recuerda la fuente”!

Muchas gracias. La expresión destaca ahora la intensidad de nuestro sentimiento. “Sólo un exceso es recomendable –enseñaba el pensador Le Bruyere: el exceso de gratitud”. En nuestro caso, ese exceso desea proyectarse sobre la vida misma, sobre toda la comunidad universitaria, sobre la comunidad lasallista y sobre toda la educación superior del país. Pero todavía más, sobre nuestras familias, y sobre el Padre Dios, sabio y delicado, del que podemos afirmar con evidencia vivencial, “que no acostumbra a forzar la voluntad de los seres humanos” pero siempre busca nuestro bien, tal como lo destacó en su momento nuestro sabio Fundador (MSO, 6.)

El acto de agradecimiento que ahora realizamos y las expresiones con que dirijo a ustedes aspiran además a aprovechar, aunque sólo sea

en este momento y con la mayor intensidad posible, la riqueza de máximas acumuladas por la sabiduría a lo largo de la historia, como la del maestro Eckhart que dice: “Si la única oración que dijeras en toda la vida fuera ¡gracias! ésta sería suficiente”, o la de Cicerón cuando escribió: “La gratitud no es sólo la más grande de las virtudes, sino que engendra todas las demás”. Sobre todo una, añadimos, cuando aquella es verdadera, la sinceridad.

GRACIAS UNIVERSIDAD

El contexto especial donde expresamos estos sentimientos con todo lo que significa este centro de estudios, de investigación y de cultivo de los valores más profundos de la experiencia humana universal, hace resplandecer aún más nuestra dignificación personal, académica y espiritual. Ninguna de las metáforas empleadas para exaltar su significado de esta institución agotan la riqueza de nuestra vivencia en ella: templo de la sabiduría, crisol del conocimiento, “la institución de las ideas”, la comunidad del pensamiento, la conciencia crítica de la sociedad, el laboratorio de producción del conocimiento que demanda la sociedad, lugar de encuentro de la unidad en la diversidad.

Más allá de ello, sus aguas profundas nos permiten disfrutar de una experiencia vital irreplicable en la que –a pesar de todos los intentos de contaminación que ha tenido y que tiene que afrontar– todavía se puede pensar, reflexionar, imaginar de manera libre, compartida, alternativa y profunda, crear y recrear, tocar las fibras más humanas de la vida intelectual y espiritual de la humanidad; ella constituye un espacio que todas las sociedades, de alguna manera, han propiciado y propician.

La Universidad no sólo es una experiencia variada, inigualable, sino –sobre todo– un derecho que tenemos los seres humanos y las sociedades, en nuestro caso específico la juventud colombiana, sin importar nuestra condición ni nuestros condicionamientos políticos o socioeconómicos, como tampoco los sesgos y prioridades subjetivistas, individuales, grupales o colectivos, propios de una coyuntura transitoria. Igualmente es una dimensión radical del carácter público y de la función social que tiene toda institución educación superior.

En el caso específico de nuestra Universidad de La Salle, como lo evidencian sus distintos documentos y prácticas institucionales, sobre todo a partir del nuevo Proyecto Educativo y del Enfoque Formativo, éste no sólo ha sido y promete ser un compromiso básico que se enriquece con los nuevos dinamismos de la sociedad del conocimiento, que estimula nuestra gratitud como colombianos. Así como también lo es este tipo de gestos de reconocimiento a sus docentes que hoy se nos hacen, y que a decir del filósofo, nos permite ver la vida y la sociedad con ojos de esperanza. Pues como lo afirma George Steiner, en sus *Lecciones de los maestros*: “Una sociedad que no honra a sus maestros, es una sociedad fallida”. Por el contrario, podemos inferir, la que lo hace, es una sociedad que conserva la esperanza.

GRACIAS UNIVERSIDAD DE LA SALLE

Nuestra dignificación se completa esta noche al coincidir con la celebración del día del educador y del Patrono universal de los educadores cuyo nombre lleva con orgullo y dignidad este alto centro de estudios, a quien precisamente se

le recuerda, sobre todo, por su empeño en favor de la profesionalización y dignificación de los educadores.

La paradójica estructura del tiempo, en la que sólo tiene realidad el instante presente y en la que –como constatará San Agustín–, el pasado y el futuro sólo tienen realidad en ese efímero y fugaz resplandor de ese instante, nos permite asegurar que el Santo de La Salle se encuentra aquí entre nosotros en este momento: bien como un conjunto de íconos y símbolos que llaman nuestra atención hacia su mensaje, o como un conjunto de personas que buscan hacer vida su propuesta religiosa, bien como una comunidad educadora, integrada en su gran mayoría por seculares que, gracias al Proyecto Educativo Institucional, buscamos traducir su visión pedagógica fundacional, permanentemente renovada, y en nuestras prácticas educativas cotidianas, o todavía más, en el despliegue de nuestra vida intelectual, pedagógica y espiritual.

Podemos afirmar que se trata del rostro eclesial e histórico de La Salle. Rostro emprendedor, exigente, alegre, fraterno. Este rostro eclesial e histórico está presente en el contexto actual de una nueva propuesta de asociación por parte del Instituto y en forma de eje que distingue el Proyecto Educativo con el cual nuestra universidad se compromete ayudar a la transformación del país. Lo cual hace que el lasallismo constituya también, en cierta forma, un derecho que podemos reclamar los colombianos y del que de todas maneras podemos disfrutar en razón de que la riqueza pedagógica del Fundador ya es patrimonio de la cultura universal, del pensamiento pedagógico occidental y un carisma de toda Iglesia. Mucho más cuando al profundizar en el filón de esta experiencia histórica

del lasallismo, una y otra vez se descubre una riqueza inocultable para el mejoramiento de la educación, la pedagogía y la vida social. Nos referimos tanto al proyecto fundacional, como a los nuevos horizontes que nos propone. Así lo constata, por ejemplo, la reflexión que se viene haciendo en nuestro Laboratorio Lasallista de los posgrados.

Con su presencia aquí, hoy, La Salle no sólo nos indica las vetas aún inexploradas del saber, del conocimiento y de la sabiduría que se encuentran en los sectores sociales que habitan las márgenes de la deshumanización y la exclusión; también nos muestra los caudales de esperanza que Dios cultiva en el corazón de la niñez y la juventud; y nos anima para que, en estos campos, el servicio de la autoridad pedagógica, epistemológica y administrativa que acompaña la labores de quienes aquí nos reunimos, lejos de realizarse por medio del culto a la ostentación del poder, individual o grupal, adquiera la modalidad de dar la mano, "tocar y mover el corazón" de los demás, en actitud de acompañamiento fraterno.

Ese rostro también nos señala cómo la comunidad y la colaboración son la garantía y la sazón que le da el sabor no sólo a la evidencia, sino sobre todo al polimorfismo y a la inteligencia social que requiere la producción del conocimiento en la actual sociedad del conocimiento. Fue así, en comunidad, como Juan Bautista de La Salle construyó la Guía de las Escuelas Cristianas, obra clásica de la pedagogía occidental moderna.

Percibimos también el rostro histórico y eclesial de la Salle en el esfuerzo de los actores de nuestra comunidad académica por dinami-

zar –como nos lo enseña magistralmente este escrito de De La Salle, La Guía- las condiciones para que la universidad vaya bien y en este feliz momento de su historia institucional en que está acuciada por un nuevo reto de alta calidad, para que vaya cada vez mejor; especialmente lo percibimos en los esfuerzos por coordinar la inmensa riqueza intelectual y organizacional de la comunidad académica, nunca antes vista en la historia del claustro, por medio de nuevos modelos de comunicación, procesamiento de la información y nueva producción del conocimiento. Modelos orientados, a no dudarlo, a una más eficiente racionalización en la gestión de los grupos académicos e investigativos, a una mejor articulación entre las posibilidades personales y las institucionales, a una superación mayor de diversas clausuras epistemológicas y reduccionismos, que suelen crecer en las instituciones adheridas a los estilos individuales y a las posturas y conflictos grupales, que retardan el aprovechamiento de la riqueza que ofrece la diversidad.

Este esfuerzo responde a la necesidad de desarrollar entre todos, las mentes que el autor de las inteligencias múltiples (H. Gardner) propone para el siglo que ha comenzado: la mente disciplinada y la sintética pero sobre todo la conjunción de la creativa, con la social (responsable) y la mente ética.

También se percibe el rostro histórico y eclesial de De La Salle en ese esfuerzo mancomunado en favor de la calidad y la excelencia en razón, sobre todo, de una exigencia ética de responsabilidad con la sociedad y de una perspectiva axiológica humanizadora. Asimismo se le percibe en el espíritu renovador vigente, en todos los campos y niveles, que a no dudarlo

tendrá mayor trascendencia si sigue fundándose en la reingeniería espiritual e intelectual de sus dinamizadores. Por todo esto, el rostro eclesial e histórico de La Salle termina por ser el mismo rostro liberador de Jesucristo, una forma como Dios habla a su pueblo, porque, como dice el título de ese sugestivo escrito lasallista, de lo que se trata es de “construir al hombre y hablar de Dios en la escuela”.

¡Qué oportuna viene en este momento crucial de nuestra Universidad la nueva obra de ese ejemplo investigador de la pedagogía, que es el Hermano Edgar Hengemülle, titulada *Educación en y para la vida. Perspectiva de la identidad de la educación lasallista!* Novedad editorial que en buena hora nos entrega nuestra oficina de publicaciones. Especialmente, en aquellos apartes en los que destaca la dimensión del administrador educativo que tiene el santo fundador, dimensión en la que también profundizó ese otro gran investigador del lasallismo, el Hno. Ives-Poutet, en la “Génesis y características de la Pedagogía Lasallista” (1995, 4ª parte, capítulo 1), dimensión poco publicitada, pero tan ostensible en escritos como “La Guía”, y que lleva a algún historiador de la pedagogía a calificar a San Juan Bautista de La Salle como “el genio de la escuela” que no “dejaba nada a la improvisación”. (Hengemülle, 2004), que atendía al conjunto y a los detalles de las prácticas escolares; al entorno social con todas sus dinámicas a menudo incongruentes, difíciles y adversas, y a los procesos internos de la institución educativa con sus avances y contradicciones; a las condiciones necesarias para que el conjunto de la organización educativa funcionara bien, pero a la vez con una especial flexibilidad, disponibilidad y adaptabilidad a las personas con sus diferencias y angustias individuales. No es

extraño que el Hno. Hengemülle perciba ya en él un claro sentido de la complejidad (*Ibid.*, p. 146).

Los clásicos no son clásicos por el contenido de lo que enseñan y el contexto histórico en que lo hacen, sino por el tipo de problemas inveterados que privilegian y por las actitudes con las que los enfrentan. En la actual sociedad del conocimiento estos mismos problemas se enfrentan con similares actitudes representadas en categorías como la de “gestión” del conocimiento, la información y la investigación.

¡Qué fascinante oportunidad la de tener en las manos de nuestra comunidad una tal riqueza, pero a la vez una confluencia, por primera vez en la historia de esta Universidad, de tantos factores favorables, como los que hoy tiene! Qué oportunidad tan insólita para renovar y hacer resplandecer el rostro histórico y eclesial de La Salle en favor de nuestra sociedad.

Al decir, pues, “Gracias, Universidad de La Salle” (en mi caso personal ya casi desde su exterioridad), dejamos en el registro de esta noche la estela de trayectorias vitales recorridas, entre aciertos y tropiezos, de la mano de La Salle. Permítanme acudir una vez más a la sabia cultura de nuestros ancestros que dice: “Las palabras se las lleva el viento”. Las de este momento no aspiran a permear tan siquiera la atmósfera de esta reunión, menos aun trascender la fugacidad del instante; pero si por algún resquicio lo hicieran, ojala dieran fe de un corazón sinceramente agradecido.

Muchas gracias, pues, Universidad de La Salle, con toda la fuerza que tiene cada una de estas palabras.